

Estrategia Histórica del Marxismo

Abel NARANJO VILLEGAS

Para plantear eficazmente el temario de esta conferencia quiero darme cuenta de que la función principal de los cristianos ahora, y de los católicos en particular, es de creación y no de crítica. Hechos novísimos y fuertes como los que fluyen de la historia contemporánea no pueden abocarse de manera pasiva, sino que debemos superar su magisterio para *recrear* la historia. Y este es el conflicto hondo y tal vez fuera de la razón que estamos viviendo aun cuando no queramos comprenderlo. El marxismo está creando una nueva modalidad histórica, mientras del polo cristiano generalmente nos limitamos a la crítica sin recordar el egregio acento de Spengler: "El crítico es el opuesto del creador: deshace y reconstruye; concepción y nacimiento le son extraños; mata cuanto es verdadera vida".

No porque en este caso su creación sea vida en sentido activo. Pero la fidelidad sin reparos al pensamiento de su maestro está creando nuevos hechos con volumen suficiente para abastecer varios decenios. Y nosotros sin recordar que el cristianismo fue una manera universal y entera de la historia somos sumisos a ese movimiento invadido por un espíritu no sólo distinto sino contradictorio. No comprendemos que el triunfo cristiano se logró mediante sacrificios de generaciones presididas nada menos que por el recuerdo de la encarnación del Hijo de Dios. Esa ascensión inflamada con un ardiente vaho de sangre llenó el mundo hasta los bordes y nosotros estamos abocados a repetir sin tristeza el episodio.

Mi calidad de laico en esta cita felizmente convocada por inteligencias señeras, me obliga a hablar desprovisto de todo gesto dogmático en torno al más grave problema de nuestro tiempo, para que en la comunión santa de la Iglesia Universal persista la jerarquía de

atribuciones que convierte su disciplina en un gozo y la obediencia en una dignidad. Pero la Iglesia es militante para simbolizar su vocación de combate creador y su etapa de tránsito. Habremos hecho bien si convertimos esta cita en problema, porque mientras vivamos acá abajo no debemos tenerla como triunfante olvidando su milicia y contrariando su propio espíritu y su grandeza impar, porque es uno de sus atributos ser actual en todos los tiempos.

Nos toca actualizarlo en una de las más difíciles travesías denominada optimistamente como de crisis, cuando se trata de un desplome fundamental que puede ser definitivo si perdemos la noción de su gravedad. Debemos emanciparnos del conformismo con vocablos transitorios que no hacen sino situarnos en sitios de menor resistencia disimulando la sórdida realidad.

* *

Al proponer como temario "Estrategia histórica del marxismo" aceptamos tácitamente la existencia de un pensamiento que viene penetrando con esa táctica. Y es que después del cristianismo no se ha presentado un sistema con tales impetus. Trae voluntad de historia y quiere cumplirla. Si reúne las antiguas herejías, no podemos resignarnos a declarárselo porque también trae nuevas. Si en el orden político propone sistemas ya conocidos en la antigüedad clásica no podemos desconocer que hay elementos que los harían posibles hoy. Si en el orden general de la cultura amenaza con reducirla toda a un conflicto de clase, no podemos ignorar que ofrece también un nuevo sentido de entenderla.

Debemos abarcarlo, pues, en su totalidad para que la verdad no padezca doblemente el martirio de S. Sebastián. Podría resultar dardeada por todos los flancos y más dañada por quienes están más cerca. En este orden de ideas es necesario convenir en que jamás una táctica ha obedecido tan concretamente al objetivo de transformación. Porque no se trata de una estrategia militar sin otro fin que la derrota del adversario, sino de absorberlo y llenarlo de su pensamiento. Fue el propio Marx quien afirmó: Hasta hoy se ha interpretado el mundo por la filosofía. Ahora se trata de cambiarlo.

No hay qué hacer caso de su pertinacia económica, sino de su pretensión de cambiar todas las condiciones externas para transformar al hombre, realizando a la inversa el ideal cristiano de transformar la conciencia para reformar el mundo. Es una posición íntegra ante la vida y sus fenómenos, según lo han explicado sus más esclarecidos pensadores. Marx, Engels, Lenin, Plejanov así lo establecen. Hasta en las tangencias naturales con otros sistemas es tal su arrastre proletista, que si no se lleva un poderoso vínculo con el centro puede ^{el}

hombre exponerse a caer implacablemente en la órbita de su agitación.

En estos puntos de tangencia en que hay verdad común, particularmente a los cristianos y a los marxistas, es en los únicos en que es posible polemizar entendiéndose. El materialismo histórico no es solamente un método, sino una concepción total y un ámbito para crear la nueva historia. Pero es apenas el pensamiento marxista en el terreno de la sociología y de la historia que no sería osado afirmar se confunden en el marxismo. Es la consecuencia de la dialéctica en el terreno anterior de la filosofía que no podría objetarse con éxito oponiéndole premisas, como si se tratase simplemente de un determinismo de estirpe Spenceriana.

De ahí que sean tan graves las consecuencias de esa dialéctica en el terreno sociológico, que no las comprenden ni siquiera los mismos engreídos marxistas sin formación dialéctica. No es solamente el determinismo materialista que preside la historia, sino el desconocimiento de la corrida hasta hoy frente al cristianismo que la supone. Para empezar por alguna parte quiero significar con esto que allí se plantea uno de los más extensos problemas del marxismo, en un área histórica, frente al cristianismo que, apesar de ser el más hondo problema histórico, propone sus fines en el centro de la eternidad. Estamos, según piensa el marxismo, viviendo los últimos días de la prehistoria, que se caracteriza por el imperativo de la necesidad en torno a la cual las clases sociales, transitoriamente victoriosas, han edificado su concepción de la vida y del mundo. Destruir ese móvil es su más tremendo empeño, eliminando la posibilidad económica de las clases, para que se realice la conjunción entre la necesidad y la libertad que presidirá la verdadera historia. De allí se deduce que no hay ambivalencia para el cristiano y el marxista en su concepción de la libertad, sin que quiera decir esto que su plenitud cristiana se ha cumplido.

SOCIOLOGIA MARXISTA

Supone el planteamiento anterior un nuevo tipo de sociología opuesto a la doctrina providencialista que preside por igual la historia y la sociología cristiana. Complementada en el orden de las ciencias naturales con la evolución de las especies de la teoría de Darwin, le suma el contenido dialéctico que hace de su materialismo algo diverso de la especulación materialista de cualquier otro sociólogo. Los juicios de valor, que pudiéramos llamar, se confunden aquí con la acción experimental. No hay que olvidar que Marx era discípulo de Hegel cuyo método partía de la lógica de la contradicción, en contraste con la clásica apoyada en la identidad, y según la cual la contra-

dicción repugna lo mismo al pensamiento que al ser. Esa teleología de la historia en que, según la dialéctica hegeliana, se identifican términos contradictorios, la hereda Marx haciendo recaer la dirección de esos fines en una clase social. Ya no se trata de la historia concebida en términos cristianos con una causalidad revelada y presidida por fines que no están en la historia misma que es temporal, sino en la eternidad que es Dios. La sociedad pierde entonces su carácter específico, como entidad permanente que progresa perfeccionando al hombre para transformarse en lucha dialéctica, representada por grupos cuya esencia está en la economía. Como se ve, todas las ciencias adyacentes de esta sociología tienen que estar invadidas por la misma concepción.

Este sistema de sociología no estudia, pues, las reglas reales de una sociedad concreta y determinada, sino que establece las de toda la sociedad y conforma a ellas su acción en orden a una transformación esencial. El marxismo no desconoce, sin embargo, las reacciones ideológicas que nacen al lado de las materiales y están determinadas por estas. Empero suelen subsistir, aún desaparecidas, pero destinadas forzosamente a periclitar. Con lo dicho creo sugerir suficientemente cómo esta sociología supone un objeto y un método. Es teleológica en sus prospectos para el futuro y en su interpretación del pasado.

Toda la historia de las sociedades se han venido moviendo hacia la dictadura del proletariado, que será la jornada final de la prehistoria para iniciar la etapa histórica de la humanidad.

Pero como esa dialéctica de grupos en lucha no podría tener una relación lógica, de razón, el filósofo estableció que se movían en sitios opuestos de economía. Esclavos y señores, aprendices y maestros, productores y expropiadores son los términos de estos grupos sociales que luchan incesantemente a través de la historia. La lucha de clases es, pues, el fundamento de esta sociología y una posición dialéctica accesible hasta a la más rudimentaria de su feligresía. La formación dialéctica que da a sus fieles la realiza admirablemente planteando allí todos los conflictos sociales y donde no hay conflicto, creándolo por medio de una preparación táctica y pertinaz. Es la explicación de que la propaganda atea, que fue inofensiva mientras la propiciaba el alto mundo burgués de la enciclopedia, asuma las proporciones gigantescas que ha tomado al desplazarse al área del proletariado. El burgués no tenía interés en ateizar, porque se encontraba satisfecho en una sociedad cristiana que le toleraba su materialismo y sus riquezas.

Este apoyo encontrado en la economía es uno de los más vastos campos de coincidencia entre el marxismo, como oferta de transformación del mundo, y el ciclo capitalista de la historia. En el fon-

do tienen la misma base materialista. Sólo que la economía estudiada por Marx tiene una ambivalencia como tratado de administración de una sociedad colectivista y de diatriba contra la producción individualista. La historia concebida como lucha de clases es el complemento natural de esta sociología con vertientes a todas las ciencias sociales. De manera tan sistemática han acometido los marxistas la empresa de penetración de su pensamiento en todas las mentes, que han fundado círculos de estudio sobre las diversas épocas, especialmente revolucionarias. En ese terreno encuentran un vasto campo en la desorganización científica de la enseñanza histórica. La escuela liberal de la economía, que influyó poderosamente en los autores consagrados a relatar hechos históricos, les ha servido de base para reducir a proporciones inverosímiles a los más selectos productos del acontecer histórico. Hay que ver a Napoleón reducido optimistamente por estos historiadores marxistas a servir de enlace pequeño burgués entre el feudalismo declinante y la vasta burguesía naciente. Hasta los más cándidos episodios sentimentales de mujeres de la nobleza, calificado como pretexto para eliminar un caudillo enemigo de sus privilegios.

La escuela que prevaleció en las décadas siguientes a la revolución francesa, aledada en la influencia de factores comerciales sobre las ocurrencias de la historia, con excepciones tan esclarecidas como Hipólito Taine, concluye lógicamente con estos historiadores que le dan un contenido materialista a lo que en aquellos sólo era un apego al industrialismo creciente. En todas partes ha penetrado de tal manera este escepticismo ingenuo de una historia desprovista de finalidad, que las mentes dotadas de un mediano instinto crítico se preparaban para recibir con alborozo la concepción marxista.

Un tranquilo coleccionista de hechos centraba orondamente la civilización egipcia, por ejemplo, sobre el ritmo comercial del Nilo cuyas aguas repartían imparcialmente el abono y la tragedia sobre laderas y cacerios y aparecían superpuestos sin coherencia los cultos y las maneras del atlético pueblo. Después el sucesor marxista ordena aquello en sentido clasista y deduce petulantemente que la categoría de divinidad asignada al río patriarcal, fue imposición de los grupos dominantes en las dinastías faraónicas para defender bajo velo sagrado las mercaderías que flotaban sobre las naves rudimentarias.

EL ESPIRITU DE LA CLASE

Desde el manifiesto de 1848 es evidente que la lucha del socialismo asume características especiales. Hasta entonces lo que los padres del marxismo denominaron *socialismo utópico* vivía de ensue-

ños. Se confundía con las clases combatidas y alternó muchas veces con ellas en sus formas menos vecinas a su ajeteo doctrinario. De Marx en adelante hay una línea que escinde a los que quieren sumarse a la lucha socialista, y a los que persisten en su residencia en la antigua sociedad. La historia de las tres Internacionales es la cristalización de este anhelo de intransigencia. El proletariado se presentaba como sujeto para asimilar esa conciencia de clase con todos sus derivados. La organización obrera es la primera meta fijada por los maestros. La diferencia política, la división en partidos y confesiones religiosas, la misma separación de las nacionalidades había que convertirla en división de clases. No hay desacierto en lo que afirmó alguien: **Marx no extrajo: introdujo la lucha de clases.** Pero había una reminiscencia en las corporaciones del oficio de la Edad Media. Había qué destruirla. Estas al disolverse, habían irrigado los campos y el antiguo artesano tenía resentimiento para aglutinarse por un rencor con la organización hierática, que al perder su móvil puramente moral y convertirse en provecho de maestros enriquecidos, los había sometido a cruentos días sin esperanza. Había qué combatir ese espíritu insuflándole uno nuevo: el de clase. Por eso dentro de la ortodoxia marxista no es posible tolerar el sindicato mixto integrado por obreros y patronos. Ha de ser una organización de *frente único*, porque no es lícito dentro de la *moral de clase* que se confundan y mixtifiquen intereses contradictorios. Tampoco la división en nacionalidades, porque la clase obrera es una e internacional como es una e internacional la burguesía.

Esa internacionalización fue sistemática de Marx. Su violenta diatriba a los obreros italianos aliancistas decía: "Todas las supuestas secciones de la Internacional italiana están conducidas por abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, estudiantes de pacotilla, periodistas de ocasión, comisionistas de comercio y otros elementos igualmente burgueses que pretenden hacer carrera entre nosotros. Pero ninguno de ellos representa positiva y legítimamente a los obreros de Italia".

Para la plenitud de estos objetivos no es indeliberado que se hacinen los obreros sin distingos de oficios. En cartas y manifiestos Marx lo repitió bastante que había que alejar de las mentes proletarias el antiguo recuerdo de las corporaciones y crear la solidaridad de clase y el sentido de su destino. Así se logra un objetivo fundamental como es el de identificar el contenido de los vocablos marxismo y proletariado, marxismo y sindicalismo, por manera que todo movimiento foráneo pierda su significado y se le acusa de sabotaje convirtiendo de una manera efectiva al marxismo en *vanguardia del proletariado*,

con una literatura de choque repleta de resentimiento clasista, que llega aún a la exaltación poética de los versos.

Lo que dentro de su vocabulario se conoce como la mentalidad revolucionaria es el ahinco clasista y el gusto poético por ese género de literatura, que llega por fin a separar de todo otro modo a sus clientelas. Incapaces de recoger el trascendental signo de transformación histórica, se convierten en instrumentos sumisos del buró, que sí conoce el hondo viraje de su gestión. El individuo encuadrado en las organizaciones dirigidas por el espíritu marxista se ve asediado por un vocabulario en su prensa y sus conversaciones, al que no puede resistir por falta de reacción y estímulo defensivo en el seno de una sociedad inorgánica que lo repudia. El sistema de las asociaciones tan recomendado por la pedagogía, lo aplican de una manera intuitiva tan perfecta que pocas veces un hombre de trabajo escapa a su influencia, porque lo escucha en conversaciones, lee en periódicos, lo encuentra en caricaturas y cuadros, y de elemento pasivo de una sociedad se convierte en activo militante de una empresa de futuro.

Así se educan dialécticamente los dirigentes del movimiento obrero sin tregua y sin pacto posible, porque los objetivos se van fijando de manera inmediata y sin posibilidad de un cumplimiento total, para mantener así la emulación de la lucha y se adquiera conciencia de que para realizar la integridad de sus aspiraciones es necesario el poder absoluto. "La emancipación de la clase obrera ha de ser obra de la clase obrera misma", fue frase repetida insistentemente por Marx, pero agregaba: "La masa sólo cuenta cuando está dirigida en una organización y encausada por una norma".

Lenin, considerado como el más admirable estratega de la revolución y el realizador del marxismo, explica en todas sus obras cómo esta estrategia ha de ser penetrada del pensamiento. No se trata, pues, de apoderarse del poder de manera inorgánica, pudiéramos decir, mediante hábiles maniobras, sino de llegar a él marxistamente, por medio de la revolución de clase. Los soviets han de ser minuciosamente explicados para que la masa entienda cómo su constitución es abiertamente opuesta a los comités de la burguesía. Han de ser obreros, campesinos, soldados y marinos que resumen más o menos los más vastos sectores de la base burguesa de la sociedad. Esto los capacita para mantener el poder aún con una minoría ínfima de militantes que sean capaces de catequizar luego en cuestión de semanas, creando el complejo de clases y armando a multitudes inmensas que no han de comprender el hondo materialismo que se recata detrás del vocabulario de clase.

Por eso decía Lenin: "La táctica del movimiento obrero supone

una ideología también revolucionaria sin la cual no hay victoria".

En esta forma quedan excluidos los revolucionarios románticos y sentimentales que hacen sacrificar inútilmente a las masas, y si llegan al poder no encuentran qué hacer con él.

La posición estratégica del adversario, minuciosamente estudiada por los grandes impulsores de la obra de Marx, como Lenin, Zinovieff, Plejanov, Radek, Liebnich, Rosa Luxemburgo, etc., no se escapa en ningún detalle. La preferencia por el elemento más combativo no es indeliberada. Aún victoriosa la revolución rusa de Octubre, Lenin escogía cautelosamente para las posiciones más ajenas al ajetreo cotidiano de la lucha, no a los simples adherentes, sino a expositores apasionados y combatientes de barricada. La técnica dirigida por una gran pasión fue uno de los factores definitivos en la consolidación del régimen y así logró hasta la expulsión de expertos militares de academia, experimentados en el conflicto de 1914, mediante un ejército formado por Trotszki, tan apasionado y violento por la revolución mundial, como ajeno a la ciencia militar. Neutralizó la peligrosa antipatía de la Sociedad de las Naciones para con ese régimen con una embajada de caudillos sin más entrenamiento diplomático que sus antiguas conferencias con los funcionarios de policía zarista cuando asistían puntualmente a las cárceles como facciosos. Y estos emisarios iniciaron en forma tan eficaz la penetración en Ginebra que detuvieron las protestas, provocaron la entrada a ese organismo y han convertido hoy al representante soviético en árbitro imprescindible de todos los conflictos en que interviene la Sociedad. Sin peligro de que al mismo tiempo que departían con los delegados burgueses de todos los países, organizaban clandestinamente el movimiento marxista en la propia sede de la Asamblea. Litvinoff plantea cada negocio en el terreno de la lucha de clases con vocabulario de imperialismo y mantiene la atención del mundo sobre el experimento ruso; adquirió tribuna internacional.

Mientras las clases dirigentes, relajadas en un ambiente de reposo y como por un signo de su decadencia, encuentran precisamente su recusación el hombre henchido de una voluntad de dominio, el marxismo penetra pertinazmente todos los organismos. El marxismo se entrega al caudillo y las clases dirigentes al empleado. Sin alusión política en ese aparente detalle, han tenido su eficacia Mussolini, Oliveira Salazar y Adolfo Hitler que han contrarreplicado con hombres biológicamente capacitados para la lucha y mentalmente preparados, con una teoría contrarrevolucionaria pero no estática sino dinámica del Estado. A ellos deben en gran parte el éxito en la eliminación del espíritu marxista en sus pueblos.

La organización celular recomendada por el marxismo tiene el doble objeto de la penetración y formación de dirigentes. La responsabilidad y la autocrítica quedan a cargo de cada miembro pero con una coherencia ejemplar. Desde la primera Internacional se estatuyó: "Los afiliados deben formar en cada país una sección de la Internacional dirigida por un Consejo Nacional Federativo. Este convoca periódicamente a reuniones en las que se hace el balance de operaciones habidas y se comunican al Consejo General Ejecutivo (hoy funciona en Moscú) y el cual da orientaciones ideológicas y a veces tácticas de acuerdo con los consejos seccionales de cada país, siempre sobre la base de un partido comunista, unificado, centralizado y coherente".

UNA POSICION ETICA

Con lo que he señalado quiero destacar ante todo el carácter ético talvez un poco paradógico del marxismo, apoyado en postulados económicos. De otra manera no se explican actuaciones que aparecen ilógicas si se miran desde este sólo punto económico. El desconcierto de las clases dirigentes ante ciertas acometidas se explica por la ausencia de ese conocimiento, o por tratar de encontrarle una causalidad económica sin ahondar en el hecho que tal vez he repetido demasiado: que el marxismo es una posición total ante la vida, es una nueva forma de civilización que trata de amacizarse entre la contradicción de las formas desaparecidas.

Engels escribía en 1874: "La Internacional ha presidido diez años de la historia europea en una determinada dirección -la dirección del porvenir- y puede orgullosamente contemplar su labor". Lamenta en seguida que las diversas tendencias, provenientes de la índole nacional de las delegaciones, no hayan actuado de una manera homogéneamente comunista y recomienda el empeño de que la segunda lo sea así: "Yo creo que la próxima Internacional -después, que pasados unos años, hayan dado sus frutos las obras de Marx- será directamente comunista y proclamará abiertamente nuestros postulados" (*Cartas de Engels*).

Claramente se ve cómo el ser, según la gnoseología Hegeliana del marxismo, para no atribuirle ninguna originalidad en una teoría del conocimiento, va buscando su forma en un planteamiento clasista. Para el caso, el movimiento obrero como ser, no importa sino que debe ser dialéctico, debe transitar por cauces de lucha de clases para llegar a realizar un derecho natural del proletariado. Asimilado este

ethos clasista, forzosamente el movimiento acepta la totalidad de sus principios y las consecuencias marxistas.

Colocado más adelante en un área histórica se convierte en otra ciencia, en una historiosofía que difiere de la que se ha concebido; es, pudiéramos decir, un *deber ser* de la historia con causalidad y finalidades propias, reaccionando siempre en torno a ese demiurgo inquieto que Marx arrebató de la Idea pura de Hegel para encarnar en el proletariado revolucionario.

Caido este finalmente en la lidia con ímpetu de arrebatarse y absorber todo el devenir, se convierte aún a su pesar en el rector absoluto y activo del acontecer histórico. Deja de ser elemento pasivo de la historia para llegar a ser su protagonista, no es ya objeto sino sujeto de la historicidad, se incorpora en su área y llena todo con su fluído para corroborar lo que anoté al principio, de que sus problemas están planteados audazmente en un terreno ajeno al del cristianismo, que fija sus objetivos en el centro de la eternidad, fuera del tiempo, mientras este nuevo misticismo de la materia los clava en la historia entendida como escenario del hombre, como movimiento eterno de las sociedades, trasladando el concepto de eternidad al tiempo, según apunta noblemente el gran filósofo ruso Nicolás Berdiaeff. Que llegado en la práctica a ese terreno, su penetración es más desembarazada, es tan evidente como que ya viene controlando en mucha parte la dirección de la historia desde hace cincuenta años en forma que su movimiento fatal, solo tiene meta conocida por sus ocultos enrutadores. La sociedad restante va a remolque por carencia de ímpetu ascensional o por snobismo incosciente. Particularmente con la victoria de la revolución rusa se acentúa este fenómeno de manera tan decisiva, que nadie dotado de un mediano instinto histórico osaría negar que, dentro de esa órbita, más o menos a su influjo, se mueven los fenómenos sociales del mundo contemporáneo. Aun cuando no sea sino remotamente, es el punto de referencia de los movimientos más heterogéneos desde la economía y la sociología hasta la literatura y todas las bellas artes; el derecho, la filosofía, la administración del Estado con todos sus derivados internos e internacionales.

AMBITO SOCIAL QUE PENETRA

No me causa fatiga insistir en algunos fenómenos que sirven de núcleos incandescentes al marxismo para haber llegado a la posición histórica que acabamos de reconocer, porque una certera óptica de su localización es fundamental en la apreciación justa de su significado. Si el hecho se ha vuelto objetivo de puro sensible, una eficaz

contratáctica no se consigue si no se aprecian los igneos elementos que sirvieron para unificar esa nebulosa, cuando apenas era una teoría del mundo y de la sociedad. Que este fenómeno geológico trasladado a la sociedad tuvo su cumplimiento, es un hecho que puede apreciarse por la celeridad de sus etapas sucesivas de invasión. El sitio histórico en que nos movemos es demasiado solemne para no ser sinceros, mucho más cuando no somos responsables de una organización social que encontramos, pero sí de no enmendar sus errores con arrogancia y sin tregua. Cristianismo y burguesía son por otra parte términos que si no se oponen humanamente, sí son distintos y no podemos obedecer a la tiranía del vocabulario marxista declarándonos enjuiciados como cristianos, cuando ellos condenan el esquema económico que engendra la burguesía. Por eso al llegar a estos puntos debemos asumir la plenitud cristiana, porque su material humano es demasiado heterogéneo y debemos unificar premisas que le devuelvan su inmensidad.

En el orden de ideas que traíamos, puede asegurarse que la dirección histórica se mudó con la reforma protestante que empezó a escindir en partidos las sociedades. No hay tiempo ni urgencia de establecer otros matices anteriores sin fuerza suficiente que nos llevarían a un recorrido de circunvalación histórica demasiado prolijo. Pero el mismo renacimiento acusa ya un desconcierto apreciable en el seno intelectual del medioevo. Y no hay que ser demasiado conformes para juzgarlo como esencialmente cristiano. Su organización esquemática en el orden político podía tener fundamentos cristianos, pero hubo abusos y desviaciones indeliberados que no podrían caber en forma pura sin implicaciones no cristianas. Aquí cabe aplicar la enseñanza evangélica que es fundamento de toda la cristiandad sobre la cizaña y el trigo, materia y espíritu, ciudad de Dios y de Satán que luchan sin tregua y no podríamos confiar en que toda una edad histórica se nutrió de plenitud evangélica. Su mismo sosiego no puede ser para un cristiano argumento en favor del bienestar completo de los humildes. Hubo procedimientos de selección directiva superiores a los actuales que pueden explicar al menos transitoriamente su eglogismo. Era por lo demás el tiempo de los grandes genios políticos que gobernaban sociedades en estamentos que se yuxtaponían por méritos. La jerarquía se reclutaba por calidades éticas, intelectuales y científicas muy distantes del medio selectivo contemporáneo. La misma calidad de la sangre tenía preeminencias sin reparo, porque en sobrios medios sociales se conocía evidentemente la proeza heroica que la había acendrado. El mérito no era un privilegio sino un acicate. El noble sabía que sus títulos eran una responsabilidad y no un lecho. Algo superior había en los espíritus para vivir en trance de sacrificio, resucitando en los la-

bios maternos la sentencia de la abuela espartana al entregar a sus hijos el escudo para las batallas: Vuelve encima o debajo.

La tierra adquirida por merecimientos bélicos o por servicios a la patria entraña a llenarse del genio del poseedor y era sagrado el título y sacro el ejercicio. No era propiedad privada en el sentido individualista del derecho contemporáneo, sino técnica en una etapa social que necesitaba la iniciativa privada más bien que el tumulto colectivo. No había sitio para la suspicacia de clase, porque estas no se formaban con referencia a un título económico sino ético. Antes del culto moral de la sangre, fue esta sacrificada y santificada por un ideal de moralidad. El orgullo en estas condiciones no era vanagloria sino respeto, y la dirección no era un derecho sino un deber sin júbilo. Por venas heroicas en una dirección apretada por difíciles categorías como la guerra santa, el trabajo, el sacerdocio, la ciencia se acendrabá al linaje de los rectores del pueblo.

Pero no hay que olvidar que, más o menos apacentada, esta sociedad tuvo irrupciones de tipo proletario sin una meta definida y confusas aspiraciones. Cuando Caboche, citado por Spengler, en 1411 militarizaba la plebe para lanzarla a las calles de París, actuaba como una prolongación imperial de los gobernantes en una sociedad organizada. En una sociedad disuelta el mitin de guerrillas es una alusión a la anarquía circundante.

El hecho de que las corporaciones no hubieran asimilado el paulatino auge de las máquinas, no prueba ninguna tesis materialista; pero sí indica una actitud hierática opuesta al espíritu cristiano cuya fuerza brota de las almas y se derrama por todo el contorno social. La lucha planteada ya en el seno de esa sociedad entre la manufactura veloz y el pausado producto de las corporaciones, puede alcanzar las proporciones de un materialismo económico, tal como lo esclarece el profesor Seligman, pero no alcanza a cubrir las premisas de un materialismo de la historia. Había demasiado zumo de espiritualidad para aforarlo en tan escueto molde. Sin embargo el rápido crecimiento de aquella industria llega a colmar los mercados y empuja leyes económicas acomodadas a su robustez. La nobleza con su tipo de economía es una forma insuficiente para oponerse a la avalancha industrial que apaga el ímpetu heroico que movió tanto tiempo la historia.

La propiedad rural ya nada significa frente al minúsculo cuadro urbano poblado de sonidos metálicos, en donde la busguesía se fortifica para el asalto final de la historia y las antiguas virtudes entran en conflicto con esa febricitante pasión por el trabajo con que la burguesía empieza justificando su concepción social. La libertad de concurrencia reproduce en el terreno económico las voces de confusa liber-

tad lanzadas desde el Renacimiento y cuajadas en sangre muchas veces en los días de la reforma. De allí al Contrato Social no hay sino una distancia cronológica, pero hay una identidad de forma que acaba de imponerse con la revolución jacobina. A la antigua nobleza constelada de recuerdo y de historia se la desafía a batalla en que ya no sirven sus aceros movidos por una ambición social religiosa. Se le opone el frío acero industrial y un vocabulario de multitudes como razón. A un confuso ritmo de Walkirias wagnerianas, himno egregio de la revolución, la nobleza sólo opone una carga de caballería rusticana. Al fino ademán caballeresco, un idioma de envidia que es irrefutable.

Apenas algunos residuos del antiguo linaje de los Escipiones surgen sin coherencia para asimilar el nuevo tipo económico al viejo ademán ético. Pero Bismark no encuentra sino muy pocos estadistas capaces de comprenderlo cuando asume orgullosamente el papel de "obrero del pueblo alemán" y trata de someter al ámbito moral antiguo de producción social el aporte nuevo de las máquinas. Francia con sus guillotinas y sus estrofas libertarias ha roto para siempre el eslabón por donde van a precipitarse los pueblos a vivir sólo en función de industriales. Los demagogos ya no se satisfacen con la igualdad. Es preciso inferiorizar por la economía a los antiguos amos, para que se cumpla lo que alguien anotó sagazmente: "El hecho de que los lacayos coman en la mesa de los señores es un gusto incompleto; el amo debe servirlos". Así ocurrió en la Francia de los Derechos del Ciudadano y en la Rusia de los del proletario. ¡Cómo se identifican en el tiempo el tipo histórico del burgués de aquellos días y el caudillo proletario de los nuestros!

Los errores que no tuvieron alcance de crímenes sino desviaciones humanas en la edad periclitada, asumen ahora contornos monstruosos en la temperatura histórica nueva. Los que no tuvieron la culpa ni el genio para enderezar aquel organismo canalizando las nuevas formas económicas en su propio organismo integral, son ahora carne de cuchilla. Pero dejemos desarrollar el nuevo régimen en torno a categorías puramente económicas, que trasforman y le dan su propia imagen a todas las instituciones que logran sobrevivir al naufragio. El advenimiento de Carlos Marx es un proceso deductivo, una conclusión lógica del gobierno de la razón. La injusticia de los que regían ya el destino del mundo apoyados en ese centro de los negocios, en que el frenesí de la riqueza emparejó al antiguo tipo de gobernante con el recator acucioso de una empresa industrial, revela al joven discípulo de Hegel el camino que va a seguir aquella sociedad.

EL MANIFIESTO DE 1848

La coincidencia de haberse continuado llamando cristiana una sociedad sin contornos auténticamente cristianos, hizo confundir a Marx el semblante de usurero de aquel régimen con el posible rostro de una cristiandad, cuyos residuos dispersos quedan fieles a una esperanza remota, tatuando a trechos el ámbito de una historia volcada, como el residuo del azoe, la fosforescencia angustiosa que busca aire para su llamarada.

La división del trabajo que se desarrollaba de una manera normativa dentro de una Economía Social, interpretando la economía divina, asume ahora en la Economía política un papel de técnica. Esa economía social impregnada de virtud teológica daba el reglamento de producción y el juicio de valor, la moral de la distribución. Ahora la economía política se detiene solamente en la producción y en la distribución en torno a un hombre económico concebido por Adam Smith y Robertus como un productor de medios de subsistencia. Marx traslada esas premisas a un ámbito dialéctico para que ese hombre tenga idéntica validez en un régimen colectivista. Las consecuencias de aquellas leyes económicas en su desarrollo natural hacían patente la injusticia de un Estado, que frente a la concentración de la riqueza, la absorción de la pequeña propiedad por la grande, la centralización bancaria convertida en monopolio del crédito, debía limitarse a garantizar la libertad de concurrencia a todos los mercados, le llevaron definitivamente a la rebelión contra un orden semejante. Entonces escribe así en el famoso manifiesto: "Nos reprocháis duramente porque queremos suprimir la propiedad privada! Y, sin embargo, la propiedad privada está ya abolida en vuestra actual sociedad para las nueve décimas partes de los ciudadanos; la primera condición para la existencia de la propiedad privada es precisamente la no existencia de las nueve décimas de la población. Nos censuráis, pues, el querer abolir una clase de propiedad que tiene por base necesaria la expropiación completa de la inmensa mayoría... En una palabra, nos echáis en cara el querer abolir vuestra propiedad" (Manifiesto Comunista N.º. 42)

La economía medieval limitaba su producción al consumo, haciendo una producción de tipo familiar y dirigida por el Estado indirectamente por conducto de las corporaciones. Producción individual y apropiación individual. No había ámbito para la mayor utilidad que caracteriza la economía de cambio. La incorporación de la máquina a ese proceso productivo, trasmutó al camino de esa producción mediévilica, cuya relación era: Mercancía - Dinero - Mercancía, y la convirtió en esta: Dinero-Mercancía-Dinero. La producción entonces es social porque no se produce para el uso sino para el cambio, pero la apropiación es

individual porque el dinero pertenece a una persona natural o jurídica (sociedad anónima). Y este carácter social de la producción se acentúa con el hecho del producto elaborado por obreros en comunidad que abastecen el régimen del salariado. Esta producción social bajo un régimen de salariado le hace escribir a Marx: "Se objeta que la actividad se acabará y que invadirá a la sociedad una pereza general el día en que la propiedad privada quede abolida. Visto de este modo la sociedad burguesa debería haberse arruinado hace mucho tiempo por la pereza, pues bajo su régimen no adquieren propiedad los que trabajan; sólo los que no trabajan la adquieren. Esta objeción se apoya en la proposición tautológica de que el día que no exista el capital tampoco existirá el trabajo asalariado". (Man. Com. N°. 43).

Lenin tiene razón al desenvolver el pensamiento de Marx en esta forma: "La propiedad comunista es hija de la propiedad capitalista. El orden nuevo se está creando en el seno de la propia sociedad burguesa".

En el orden internacional este juego de intereses forma alianzas entre negociantes de un mismo o de distintos productos y surge entonces la política colonial, fundamento del imperialismo. El destino de los países queda supeditado a un interés puramente industrial, que nada tiene de común con el romántico afecto por la nación, entendida en el lenguaje sagrado y antiguo de la patria como conjunto de seres vivos estrechados por un recuerdo común, que sobre un suelo determinado y bajo leyes comunes aspiran a cumplir una cultura; la patria concebida no ya como un pedazo de tierra, sino como una empresa espiritual. La antigua cohesión de los pueblos por comunes ideales religiosos se convierte en el entendimiento por tratados de comercio. Marx escribe: "Se nos reprocha querer matar el patriotismo, el sentido nacional. Si el proletariado no tiene patria, cómo quitarle lo que no tiene? Supuesto que el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse en cada país a la categoría de clase dirigente y constituirse en nación, ser él mismo nacional; pero no en el sentido burgués. Las divisiones y antagonismos de pueblos desaparecen cada vez más ante el desarrollo burgués, ante la libertad comercial, el mercado universal, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones que son inherentes a su vida". (Man. Com. N°. 49)

Las relaciones de familia sometidas al vaivén de los salarios y al tiempo de las jornadas se hacen difíciles cuando no imposibles para el proletario que por otra parte convive sin diferencia de sexos en el taller. El racionalismo burgués trae entonces el matrimonio civil y desconoce efectos jurídicos al matrimonio canónico, confundiendo el noble oficio procreador con un simple instinto sexual. Los enciclope-

distas han creído resolver así la situación familiar de los trabajadores asalariados y Marx encuentra pretexto para poder escribir: "¡Abolir la familia! Ante este error que atribuyen a los comunistas, no pueden reprimir su cólera los radicales. ¿Cuál es pues, la base de vuestra familia burguesa actual? La apropiación burguesa y el capital. La familia burguesa plenamente desarrollada, sólo existe para el burgués y encuentra su complemento en el forzoso celibato del proletariado y en la prostitución pública. Desapareciendo sus complementos desaparecerá así mismo la familia burguesa, y, desapareciendo el capital, ambas tienen qué desaparecer". (Nº. 46)

Claramente se advierte allí que tras el reproche violento y pertinaz que el marxismo hace a la prostitución como oficio burgués del carácter más repulsivo, proclama el amor libre cuya única diferencia es que no ha de realizarse con carácter de mercado.

La educación de la niñez dirigida por Estados sin alma, convertidos sólo en guardianes de los bienes y ausentes de toda finalidad educacionista, misionera pudiéramos decir, le enseñan a Marx la íntima contradicción del régimen. La escuela limitada a crear al ciudadano, es decir, al que va a sumarse al rol común de la vida, sin una ambición científica desprendida de todo interés económico, que se traduce en el sacrificio de los espíritus más selectos en la marea profesional, que obedece en la ciencia a la división del trabajo en la economía, había terminado por insuflar en el propio claustro un frío cálculo de competencia comercial y Marx apela al sofisma, pero con un fondo de verdad escribe: "Nos reprocháis deshacer las relaciones más queridas sustituyendo la educación doméstica con la educación social? Es que vuestro sistema de educación no está determinado por la sociedad, por las relaciones sociales en los límites en que dais vuestra instrucción, y por la influencia más o menos directa de la sociedad por medio de las escuelas? Los comunistas no tratamos de suprimir la influencia de la sociedad sobre la educación; sólo queremos que su carácter cambie, para librar a la educación de la influencia y monopolio de la clase dominadora". (Man. Com. Nº. 47)

La burguesía encarnó la soberanía en el ciego instinto multitudinaria, atribuyendo al número la razón, como si la verdad no fuera muchas veces patrimonio de las minorías y la elaboración del derecho, tarea solitaria de individualidades henchidas de inteligencia y virtud, fue confiada al frenético tumulto parlamentario. Marx desplazó esa voluntad mayoritaria del terreno político al económico y afirmó la supremacía lógica de los trabajadores manuales sobre las clases colocadas en opuestas formas económicas. Un igualitarismo afeminado llegó a ser teoría multitudinaria y la monotonía libertaria sustituyó a los alegatos con-

tra las individualidades superiores, ahogadas siempre por el querer tumultuario; y Marx anota: "En la sociedad burguesa el trabajo activo no es más que un medio de aumentar el trabajo acumulado, y en la sociedad comunista el trabajo acumulado un medio de ensanchar y estimular la vida de los trabajadores. En la sociedad burguesa, el capital es independiente y personal, en tanto que el individuo está privado de independencia y personalidad! Y la destrucción de semejante sistema la llama la burguesía la destrucción de la personalidad y la libertad. Tiene mucha razón. Lo que se trata de abolir es la personalidad, la independencia y la libertad burguesa".

Frente a ese materialismo social Marx no hace sino movilizar su dialéctica para hacerlo dinámico. Como se ve, todo se hace con criterio de sustitución. Tristán D' Athaide acierta al afirmar: "El comunismo es el capitalismo del proletariado, así como el capitalismo es el comunismo de la burguesía". Hasta en el propio origen justifican la imitación. Marx dice: "Desde el primer momento, la burguesía representó en la historia el papel revolucionario. En cuanto obtuvo el poder, destruyó todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas de la existencia social. Implacablemente rompió, uno por uno, todos los eslabones de aquella cadena feudal que ataba a los hombres a los que les eran superiores por su nacimiento, y no dejó subsistir, entre hombre y hombre, otro lazo que el del interés desnudo, en que el sentimiento no toma parte alguna, y todo se reduce al pago al contado. La burguesía cambió la dignidad personal en valor venal y reemplazó, con la simple y desordenada libertad del comercio, las numerosas libertades municipales, tan trabajosamente conquistadas en la Edad Media. El entusiasmo caballeresco y las emociones piadosas, se esfumaron ante el soplo helado de sus cálculos egoístas. En una palabra: la burguesía colocó la explotación, escondida tras ilusiones políticas y religiosas; rasgó el velo sagrado que cubría los diversos modos de la actividad humana y los hacía venerables y venerados; convirtió a los médicos, a los jurisconsultos, a los sacerdotes, a los poetas y a los filósofos en sus servidores asalariados" (M. C. N° 6).

Los apartes anteriores nos indican el grave problema del cristianismo ahora, cuando ya el capitalismo empieza a resumirse en su propia creación, separando conceptos y verificando el deslinde y amojonamiento entre la sociedad capitalista con sus pecados y atractivos, con una verdadera sociedad cristiana. Marx los ha identificado oponiendo inicialmente a Hegel una concepción materialista de su filosofía. No tenía interés en distinguir entre una filosofía cristiana y el idealismo de Hegel tan distintos como el cristianismo y el marxismo. Su apego a las palabras le hizo confun-

dir y mirar idénticos el significado de núcleos conceptuales entre el sistema hegeliano y el cristiano. Como si *naturaleza, espíritu*, substancia, materia, pensamiento, s;r, etc., tuvieran equivalencia entre ambos sistemas. Ahora el sistema económico victorioso, apesar del cristianismo, le hace fundir en categorías económicas todo el ideal cristiano.

Tema de estudio demasiado extenso sería el de señalar el conflicto del cristiano que anhela vivir en la forma pura de su fe y se ve forzado a participar en cualquier forma de la vida contemporánea. Cómo actúa el hombre en una esfera cristiana integral sin implicaciones en un sistema que está fuera de su moral; cómo lo rechaza y no lo combate sin caer en el monotelismo que pensaba que el cristiano debía someterse al hecho, negando la libertad y la acción, puesto que la humanidad del hombre-Dios era pasiva, obediente sólo al hecho de su Divinidad? Esa herejía quietista que resume todo el oportunismo podía repetirse. Pero cómo vive sin la concurrencia a los mercados, la plenitud cristiana que le asigna como primer derecho natural el de la vida, serían vastos temas de estudio y utilidad moral.

El error fundamental de Marx radica en identificar estas actitudes, haciendo derivar la capitalista de postulados cristianos, cuando en realidad se oponen tan contrariamente el régimen capitalista y el cristianismo, como éste y el marxismo.

El fundamento cristiano del libre albedrío no tiene qué ver con la libertad concebida por el ciclo racionalista, que es una libertad contra ese libre albedrío. La del hombre que se desprende de la divinidad y quiere ser absoluto. Acaba destruyéndolo. Pero reconozcamos que el método exclusivamente materialista de concurrencia y cambio ha invadido todas las actividades, aún las más nobles del espíritu, por manera que su influjo se adivina en todas las manifestaciones de la vida y todos inconscientemente estamos saturados de ese *quid* de manera tan extraordinaria, que por todas partes la crítica pierde su significado reconstructivo para expresarse en mezquinas frases de interés. El burgués ha perdido su capacidad de apreciar espiritualmente y se defiende a diestra y siniestra por su falta de iniciativa o talento, demostrando cómo en las actitudes más arrogantes se esconde un villano interés económico. Henri de Man ha demostrado cómo esa posición psicológica de la sociedad burguesa es el más fértil predio del marxismo. Empujar de allí a un hábito clasista, es labor fácil mezclando el odio con la impotencia. Los que llegan por ese camino suelen ser los más peligrosos, porque no los mueve siquiera un errado romanticismo humanitario, sino un sordo despecho individual. Los excesos más repulsivos en días de revuelta son ejecutados por esta clase de clientela.

ORGANIZACIONES

El significado del vocablo clase social no tiene igual validez para un cristiano, un burgués y un marxista. El burgués lo practica pero no lo reconoce teóricamente. Sin embargo en el capitalismo y el marxismo el hombre es esencialmente un productor de mercancías. Aun cuando la Iglesia no le da igual significado a las clases, no desconoce la existencia y su lucha. El marxismo deja por fuera a las clases intelectuales que nada tienen de común con una ni otra y resuelve incluirla en la burguesa llenándola de oprobios. Pertenece a lo que denominan el elemento de control que abarca desde el periodista, el gerente, hasta la vigilancia contabilística y productora de las empresas. En el ciclo revolucionario, hasta hace muy poco tiempo, el intelectual que quería pertenecer al partido debía mantenerse en observación por espacio de dos años, según instrucciones de Moscú.

Debía ir adelante en los mitines, figurar como *responsable* y por fin era sometido incluso a distribuir papeles, fijarlos en las vías públicas, etc., para medir en esa forma su espíritu proletario y su voluntad de servir. Singularmente los más ignorantes líderes obreros eran destinados a dirigir a quienes entendían la teoría y la práctica. El odio a veces fundado de Lenin por esta clase de elementos sociales se volvió sistemático, hasta que apreció que si era escasa su vocación de pelea material permanente, era el más estoico y más fulminante en morir en el trance final. Las directivas rusas fueron reclutadas entre este elemento hastiado frecuentemente en el mundo sin sentido de la burguesía y se ha extendido la práctica por todo el mundo. Ahora se ha extendido no sólo a los intelectuales, sino a gentes de todo pelambre según veremos adelante.

La labor militante de estos afiliados de primer grado está en la formación de los sindicatos, arma decisiva de la organización marxista. Le ha comunicado un sentido de misión según el cual la solidaridad de los grupos es un ejemplo. El sindicato marxista llega a ser un género integral de vida que se absorbe todas las demás preocupaciones del afiliado. Florece en escuelas, colonias de turismo, clubs de deporte, cine, drama, bibliotecas, salas de maternidad, cruz rojas, en forma tan homogénea, que acaba por resumir no ya la vida del afiliado, sino la de su familia, si es un proletario. Todas las actividades las encuentra allí y en esa forma va invadiendo de tal manera, que en un momento dado está en capacidad de armar verdaderos ejércitos. No es preciso observar que la vida del sindicato está traspasada de actividad clasista, prensa, cuadros, conversaciones, etc.; todo debe tener la alusión tácita al mundo burgués que van a destruir. El amor a la organi-

zación refuerza el odio sin remedio, que llegan a sentir por todo lo que está fuera de su mundo.

SIMPATIZANTES

Pero como en los comienzos de la organización suele ocurrir que muchos sujetos se niegan a pertenecer activamente en las organizaciones sindicales, se les incluye en listas de simpatizantes, a quienes lentamente se les infiltra el espíritu de lucha, se les vincula con empresas de rebelión, y se les ofrecen oportunidades de comprometerse. No se excluye el sistema de hacerlos aparecer como responsables de hechos ilegales, para que, acicateados por el castigo, entren a la milicia activa.

LOS RESPONSABLES

En el cuadro absolutamente dirigente deben aparecer los más atrevidos y preparados. Entre ellos se establece la serie de los responsables, encargados de aparecer como tales en las cuestiones con la justicia, en cuanto sea inevitable. En la impresión de hojas cuando hay que dejar un nombre. Así se evita que en un momento de agitación las masas queden súbitamente sin estrategias. Por uno que va a la cárcel aparece inmediatamente otro que lo reemplaza y organiza, impidiendo así el relajamiento de la tregua y el miedo.

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL

Con objeto de hacerse a fondos funciona también este organismo, al cual se ayuda ingenuamente sin necesidad de pertenecer al partido. Con pretexto de favorecer a los presos políticos de todo el mundo se apela, según instrucciones, a las almas pías, o a comunidades.

DUMPING ECONOMICO

Con el control comercial de Rusia se ha facilitado también el establecimiento de agencias comerciales en todo el mundo, por medio de las cuales colocan en los mercados más distantes productos elaborados en Rusia a precios tan excesivamente baratos, que si logran concurrir con buena oferta, llegan a hacer estridir la producción de muchos objetos. Como estas comisiones son desempeñadas generalmente por militantes clandestinos del partido, surten un doble efecto: provocan el desequilibrio de algunas ramas de producción; mientras por

otro lado ellos mismos organizan a los obreros de la industria competitiva y les demuestran cómo aquel flujo y reflujo de salarios es inherente al propio sistema capitalista y la inutilidad de esperar mejoras y consecuentemente la explicación de que el precio tan exiguo de ese producto ruso, se debe al sistema de producción socialista, mediante el cual no se recarga con la plusvalía. El obrero que generalmente no entiende la elaboración soviética sino a través de las explicaciones de sus agitadores, no repara en que precisamente ese menor precio está representado en Rusia por el jornal mísero, la jornada de doce horas y el nivel de vida por debajo de todo cálculo. Por lo demás hay producción especial dedicada exclusivamente a surtir estos objetivos, según se advierte a través de la misma propaganda de Molotov, uno de los apóstoles del Plan Quinquenal. Esta competencia se hace muchas veces por conducto de las propias oficinas diplomáticas de rusos y amigos de Rusia.

LOS AMIGOS DE RUSIA

Esta institución, recomendada insistentemente por el Komintern, se forma por intermedio de elementos comunistas poco conocidos y que conviven con ciertos sectores sociales. Estos amigos son frecuentemente atrapados entre los elementos curiosos de todas las profesiones y hasta de los mismos pequeños comerciantes.

Formado el círculo, el sagaz iniciador entrega libros y propaganda de toda clase para interesar los más diversos matices profesionales. Al abogado se le entregan relaciones sobre las últimas transformaciones soviéticas en derecho civil, penal, administrativo, etc.; al médico los experimentos de Nemilow y de tres médicos de alguna distinción en el mundo soviético; al ingeniero las realizaciones del plan quinquenal; al químico las explotaciones recientes del soviét, etc. En esta forma el desprevenido ciudadano cae en la necesidad de seguir investigando hasta que se da cuenta de que aquello es un orden integral. Así han logrado agrupar por profesiones grupos de defensores de Rusia, que están en un momento dado listos para apoyar la tramitación de un tratado, el desarrollo de cualquier empresa de penetración y por fin la organización en cada país. Entre nosotros no se han diferenciado todavía estos grupos porque hay otras actividades mucho más rápidas.

PROPAGANDA ILEGAL

La posición inicial del comunismo en cualquier país está fuera de la ley por su mismo concepto del Estado. La legislación es una de-

fensa de clase y por lo tanto no puede combatirse esa clase con su misma legalidad. Sin embargo esta posición insular se ha ido modificando de acuerdo con las urgencias de cada país. Frente a los gobiernos de tendencia socializante, se acepta una política de colaboración que permite penetrar en los cuadros gubernamentales y políticos que lo sostienen, llevando allí el punto de vista de clase. Aun cuando ha sido muy discutida, se ha terminado por aceptarla, según el propio pensamiento de Marx: "Los comunistas, dice, apoyarán en todos los países cualquier movimiento revolucionario contra la situación social y política existente. En todos estos movimientos atenderán, sobre todo, la cuestión fundamental, que es la cuestión de la propiedad, sea cualquiera el grado de desarrollo en que la encuentren. Por último, trabajarán, en todo momento, por establecer la unión y la inteligencia de los partidos comunistas de todas las naciones. Juzgan por tanto indigno de ellos disimular sus opiniones y sus proyectos. Declaran abiertamente que sus designios no pueden lograr realización sino por la subversión violenta de todo el régimen tradicional, etc."

La primera escaramuza de este tipo la realizó el mismo Marx en su alianza con los partidos radicales de Prusia, que dieron las bases al vigoroso partido comunista disuelto por Hitler en 1931.

Se le objeta que la revolución llega sin un grupo preparado ortodoxamente en el marxismo, pero compensado esto con la rapidez de divulgación que se hace ya dentro de la propia legalidad burguesa. Como, además, es más fácil el fomento sindical, queda el recurso de que quienes se suman al movimiento sin adherir al sindicato, pueden ser fácilmente identificados el día de una liquidación. No quiero entrar en otros detalles que prolongarían demasiado este estudio y que fácilmente pueden sugerirse como ciertas tácticas de terror que empavorecen a las gentes débiles y reducen así el número de enemigos.

LA HUELGA

Con lo anterior queda explicado el ahinco de los Frentes Populares, fomentados por Dimitroff, y cuyos saldos favorables al comunismo son palpables en todos los países. Les ha permitido una descomposición ingente en los partidos gubernamentales, con pretextos como la defensa de la democracia, y otros embelecos. Simultáneo con este deslizamiento hacia el control comunista debe ir el movimiento huelguístico. Su efecto demagógico ante las masas no puede discutirse porque la huelga por sí misma es una escaramuza de clase. En países en donde la economía se orienta a la colaboración y supresión de las clases económicas ha sido suprimida. Estrategas de indiscutible peri-

cia dirigen el movimiento huelguístico por intermedio de la *Internacional Sindical Roja*, revista que se publica en Moscú en todos los idiomas. El camarada Losovsky, Secretario General de la I. S. R., decía así a los sindicalistas franceses hace pocos años: "Nosotros somos revolucionarios. Esto no equivale a gritar día y noche: "Viva la revolución social! Revolucionarios, significa luchar siempre contra la clase enemiga. (I. S. R. pág. 770) En su obra "*De la huelga a la toma del poder*". (pág. 114, Ed. Cosinlatam, 1932) dice: "El objeto final del movimiento huelguístico, bajo el capitalismo, es la destrucción del aparato estatal, el derrumbamiento estatal de clases. Nosotros nos proponemos acabar cada huelga con el máximo perjuicio para la sociedad capitalista. En los movimientos huelguísticos que organizamos los comunistas, tenemos que darnos cuenta, que el objetivo final de dicho movimiento es, la destrucción del aparato estatal de la burguesía y el derrumbamiento del poder estatal de clases, porque según Lenin: "para el éxito de la revolución bolchevique, es necesaria la descomposición de la clase dominante y una enorme agitación de masas, demostrando la incapacidad de parte de la burguesía de contener a éstas con sus mentiras de libertad política, como lo hacía antes. "Por consiguiente la huelga es la antesala de la insurrección".

Y el camarada Piatnitski del mismo buró sindical dice: "El P. C. dirige no solamente el movimiento sindical, si no también la vida política del país; es preciso que dirija el trabajo relativo a toda la vida política del país por medio de sus fracciones, de los sindicatos, cooperativas y de todas las organizaciones obreras y campesinas donde haya partido comunista. Puede dirigirlas, no directamente, sino por intermedio de los camaradas comunistas y de los obreros revolucionarios. Sería un error, como muchas veces lo cometió el P. C., sustituirse a los sindicatos. Esta es la cuestión inaceptable para un centro dirigente, pues, en dicho caso, él abandonaría las demás ramas de su actividad. Pero lo que existe de cierto es que el P. C. dirige los sindicatos y los dirigirá". (Int. S. R. pág. 929).

Claramente se advierte por esas dos citas entre muchísimas que pudieran servirnos, cómo su actuación principal está en el sindicato, confundiendo deliberadamente la actuación pública del P. C. con el ritmo sindical, para aludir más constantemente a su solidaridad con las masas.

LUCHA RELIGIOSA

Sin entrar a un análisis a fondo de este conflicto, limitaré estos apuntes a su significado estratégico. Fácilmente se desprende de lo

que hemos señalado, cómo el marxismo y el cristianismo son dos concepciones opuestas. Pero en la vida práctica el marxismo se cuida de ofrecer combate en un terreno apologético o siquiera político. Su campaña es de clase. Se reduce la religión a una mera superestructura de la economía y es más eficaz y violenta su acometida.

No se trata ya de la campaña de la burguesía enciclopedista, sino que es una mañosa estrategia, de manera que no surja reacción inmediata entre aquellos sectores sociales que van a catequizarse. Solamente, merced a la táctica de alianzas con partidos burgueses demagógicos, se da el fenómeno de militantes políticos, no sindicales, del marxismo, que conservan hábitos religiosos sobre los cuales se ejerce una copiosa vigilancia. El ateísmo esencial al marxismo es tan conocido y evidente, que no podríamos prolongarnos exponiéndolo.

Lenín advirtió al respecto: "nuestra propaganda comprende necesariamente la del ateísmo; la publicación con este objeto de una literatura científica, que el régimen autocrático y feudal ha proscrito y perseguido hasta hoy, debe volver a ser una de las ramas más activas de nuestro partido" (*Socialismo y Religión*, pág. 8). Pero la propaganda, y no la persecución, recomendaba expresamente ese caudillo y fueron copiosas sus advertencias. En desarrollo de esos mandatos funciona el organismo conocido en Rusia con ramificaciones mundiales. Para los marxistas españoles, antes de la actual revolución, hubo enérgicas reprimendas por los saqueos y crímenes de carácter religioso en las que los dirigentes rusos les advertían el posible fracaso de la revolución comunista en la península, si proseguían por ese camino y les asignaban epítetos de traidores, burgueses y saboteadores a quienes dirigían esas asonadas, porque iban en perjuicio de la revolución marxista.

En alguna epístola se les calificaba de burgueses enciclopedistas y agentes saboteadores a sujetos que han aparecido hoy como principales cabecillas de la anarquía hispana, por su impaciencia y falta de tacto. Sin perjuicio de que en los periódicos soviéticos se publicaran luego fotografías de estos atentados con grandes elogios a las masas proletarias de España que exterminaban implacablemente, decían, a la secular explotación religiosa. Solamente al controlar íntegramente el poder es posible, afirmaban, aplastar todo sentimiento religioso y les recordaban la frase de Lenín: "Nosotros no debemos caer en ningún caso en las abstracciones idealistas de aquellos que tienen del problema religioso un punto de vista de "razón pura" ni podemos luchar en la misma forma que el anticlericalismo burgués. La lucha contra la religión es una lucha de clases".

En Rusia solamente al tener el poder íntegro se exterminó a los representantes de todas las religiones y a sus fieles más caracterizados.

Por eso el apoyo del P. C. a la legislación antirreligiosa en todo el mundo, se hace siempre desde un punto de vista de clase. Y aún hay tácticas más audaces como la propuesta por Dimitroff, al ofrecer a los católicos franceses y a los indúes la colaboración en la lucha contra el fascismo y tendencias *neo-paganas*. Fácil es advertir la política favorable por el aspecto internacional en lucha contra Alemania e Inglaterra. Cuando en 1937, en desarrollo de este mandato, el jefe comunista Thorez, tendió la mano a los católicos franceses, hubo quienes vacilaron y después de una ilustre asamblea entre Obispos e intelectuales católicos y cristianos, en general se rechazó. Fueron famosos los estudios del P. Ducatillon, Mauriac, Berdiaeff, etc.

Idéntica solución tuvo en Bombay, en donde además pretendían invadir así las impenetrables organizaciones de tipo indú.

Por fin, mediante un intercambio minucioso entre los centros directivos de todo el mundo, se hacen alianzas de sorprendente actividad. Sobre todo con elementos de la alta burguesía atea. El caso de las logias masónicas, en cuyo combate estuvo empeñado el comunismo como la más peligrosa organización burguesa internacional, es muy significativo. Hoy colabora ampliamente y solo para prevenir el peligro de una infiltración burguesa demasiado notoria ante las masas, se encarece a los jefes una minuciosa ocultación de nombres y de aportes para no desviar el espíritu de una campaña, que en fin de cuentas parece dirigida por un mismo poder. La fusión de estos dos tipos de materialismo, coloca en un mismo sitio de lucha al proletario frenético saturado de marxismo y al burgués ávido. Esta crisis la denuncian ya los caudillos más inteligentes del marxismo, refiriéndose particularmente al inaudito episodio español, en donde proletarios del más humilde oficio han sido acibillados por patrullas de la alta burguesía masónica en nombre del proletariado mundial y de la lucha de clases.

* *

Deliberadamente he omitido el patetismo que podría oscurecer apreciaciones serenas en las conclusiones de esta augusta semana. Pero no descuento el dramatismo de esta lucha de hoy para quienes queremos ser fieles a un ideal eterno. Nuestra posición agustiniana de la misión sólo es aprovechable victoriosamente, si deponemos el gusto por formas sociales que nos permitirían, tal vez, un tranquilo discurrir de la vida. Por eso es de sacrificio nuestra beligerancia histórica, porque debemos provocar el advenimiento de un orden que puede no ajustarse íntegramente al apetito personal. El hombre es un buscador de Dios, según lo expresaba Max Scheller y hacia El vuelve el mundo por caminos peligrosos.

La inmensa pesadumbre de Agustín de Hipona vuelve otra vez a presidir la historia, según lo observan avisados centinelas de la cristiandad. Un tipo heroico de santidad vendrá presidiendo la nueva aurora y se parecerá a Ignacio de Loyola o a Francisco de Asís, los *condotieris* de la contrarreforma. El pasado puede servirnos de experiencia pero no de tiranía y si aceptamos algunas realizaciones medioévidas, debe ser en su esencialidad cristiana, como posibilidad de una realización, pero sumada a tantos factores nuevos que con razón se llama a esa ciudad ideal que busca afanosamente el cristianismo: La Nueva Edad Media.

El cristianismo es Dios interviniendo en nuestro mundo de una manera real y visible para hacer del tiempo la antesala de la eternidad. De ahí el profundo sentido de la concepción Agustiniiana de la historia que debe volver a presidir este renacer del mundo en Cristo. Así ha sido la Iglesia Católica, que, según la egregia metáfora de Jacques Maritain, es la "crisálida de la eternidad". Prisionera del tiempo, tiene un temblor de vuelo hacia su destino inmortal.

Pero tiene qué actuar con materiales radicados en el tiempo y no hay que perder estos detalles porque recaemos en errores fatales. Tiene que mezclarse, pues, a los afanes del mundo, teniendo como primera divisa trascenderlos, superarlos, aligerarlos, pudiéramos decir, haciendo lo que ha sido su vocabulario en primer lugar algo humano. Trasciende el límite racial, clasista, nacional y recoge todo el género humano sujeto de la gracia. Pero después tiene que organizar con técnica humana por medio de poderes temporales, que ni pueden confundirse con ella ni serle hostiles.

Según esto no le son indiferentes los conflictos del mundo y como es la verdad, tiene que ser la justicia plena. Acertadamente lo decía Erasmo, que allí donde está la verdad está Cristo. No puede atrincherarse en la letra, sino vivificarla; buscando siempre ser, al menos, imitadora, de la justicia de Dios. Si Cristo dijo: "Los últimos serán los primeros", no fue para que esperásemos todo de allá, sino que en el orden del mérito procuráramos respetar la jerarquía natural de las seres; ni para que violásemos ese orden esperando para la eternidad el cumplimiento de su promesa.

Lo mismo puede aplicarse al problema de la justicia social, que para muchos cristianos es todavía un problema de caridad individual. Wladimiro Zolovieff, el genial teólogo ruso, escribe así: "El Estado no tiene obligación de tomar medidas generales y regulares contra el pauperismo; basta con la limosna voluntaria; Acaso no dijo Cristo que siempre habría pobres en la tierra? Si, siempre habrá pobres, así como siempre habrá enfermos, prueba esto acaso la inutilidad de las medi-

das sanitarias? La pobreza en si misma no es un mal, tampoco la enfermedad; el mal está en quedar indiferentes ante los sufrimientos del prójimo. Ni se trata tan solo de los pobres; también los ricos tienen derecho a nuestra compasión. ¡Pobres ricos! se hace lo posible por desarrollarles la joroba y luego se les invita a entrar al Reino de Dios por el orificio imperceptible de la caridad individual. (*Rusia y la Iglesia Universal*, pág. 29).

El fracaso social de todas las comuniones cristianas que están fuera de la Iglesia Católica, fue, en mucha parte, ese dejar hacer en esperanza en la eternidad, como si la Iglesia no fuera el ámbito en que se presente ya ese aliento. La Iglesia Católica, en cambio, y esta es su grandeza histórica, asumió todos los azares valerosamente y por eso es avasalladora aún en los momentos en que fue traicionada. Penetró la historia del hombre y le fue fiel hasta en sus depresiones. Magistralmente lo declara Wladimiro Zolovieff, el Newman ruso, como se le ha llamado, cuando afirma: "La Encarnación del Verbo es un hecho místico, no un principio social; la vida religiosa individual tampoco procura base suficiente a la sociedad o asamblea cristiana: se puede vivir santamente permaneciendo en el desierto. Y si, a pesar de todo, hay en la Iglesia, además de la vida mística y la vida individual, vida social, es por fuerza necesario que tal vida tenga una forma determinada fundada sobre el principio de unidad que le es propio". (*Rusia y la Iglesia Universal*, pág. 165).

La certidumbre de esta forma la buscamos en las lecciones de los Pontífices pero no podemos limitarnos a aprender sus cláusulas de memoria, porque entrañando su contenido tenemos qué afrontar la tarea de rectificar la historia, creando un esquema social que permita realizar plenamente las formas que han de venir, empujadas por quien recibió el encargo de las llaves y viene desde hace veinte siglos siendo el portero del reino de Dios.

Yo no sé hasta dónde tengamos que rectificar rumbos para asumir plenamente la interpretación de estos mandatos pontificales y podando todas las actividades para la formación integral de una humanidad que pueda recibir fácilmente el riego de la gracia. Pero un instinto secreto me advierte en el hontanar de la historia humana a los que se parecen a nosotros, preparando los caminos del reino de Dios. Bajo un mismo alero histórico debemos encontrarnos con las primeras generaciones cristianas que triunfaron por su conciencia de conquistar el mundo. Vásquez de Mella afirmaba sagazmente: "la táctica que no es defensiva ni ofensiva, ni siquiera inofensiva.....pero que es útil al adversario, es la táctica mozárabe de los que se resignan a vivir y

a mezclarse con los dominadores musulmanes entrando en la legalidad sarracena”.

Hemos llegado hasta aceptar la misma ciencia especializada que nada tiene de común con la concepción cultural de una religión revelada y sí con el cierzo racionalista que ha quemado la espiritualidad de la historia. Pero la ciencia sólo es un eslabón incompleto para la realización de un enlace del hombre con la divinidad; nos da apenas la explicación relativa de las cosas aisladas, pero sólo la moral nos indica la relación absoluta. Un talante disperso nos ha segmentado la vida en forma que no encontramos relación entre la técnica y la moral, la política y la ética, la economía política y la sociología, como si no hubiera coordinación ética posible entre el inventor que encuentra mediante aplicaciones físicas o químicas la fabricación de productos nuevos, con la distribución equitativa y con los preceptos legales que es preciso circuir en torno al núcleo humano que a provocar la nueva producción.

Un concepto de cultura total, transido de cristianismo, de justicia social, es una empresa que tiene que agrupar las actividades más diversas de la feligresía católica, haciendo un magisterio de toda disciplina, porque, como afirmaba un genial estadista contemporáneo, toda acción de hoy ha de hacerse en trance de magisterio para transmitir una verdad. Y la verdad es por esencia comunicable.

El cristianismo, que es una filosofía integral, es por lo mismo una unidad y así lo escribía el ilustre Cardenal Mercier: “En otro tiempo la filosofía abarcaba la universalidad de los seres considerados en sus propiedades físicas, matemáticas y metafísicas; pero, desde hace un siglo, esta vasta unidad se ha quebrantado. Ya en la época de Wolff la ciencia de la naturaleza y las matemáticas se separaron de la metafísica; no hubo entre ellos lengua común; surgieron los equívocos; los términos que traducen las nociones más fundamentales del espíritu humano. —Por ejemplo, los de *materia, substancia, movimiento, causa, fuerza, energía*, fueron tomados en sentidos distintos según se tratara de ciencia o de filosofía. De ahí una serie de equívocos que el aislamiento acentuaba; así se vino a considerar la tendencia científica y metafísica como incompatibles y opuestas la una de la otra”.

Ese proceso de integración hemos de cumplirlo todos orientando nuestro particular íntimo vocacional en un espíritu universal y divino: el que sin sucesión de horizontes traspasa desde el sermón de la montaña hasta las sílabas de León XIII y Pío XI. La voz de estos Pontífices ajusta los nuevos hechos realizados por la inteligencia humana a un camino de bienestar colectivo y presentimiento eternal. Esas cláusulas tensas por el trauma de la creación, no alcanzarán a

cubrirnos a todos sin asumir la plenitud de la Iglesia visible, en la que debemos vivir como participantes de su destino. Pero la residencia en ella en tanto que es militante, y está por lo mismo en el mundo, tiene la premura del huésped, su impaciencia gozosa. Desde ella participamos en los afanes de la travesía, pero sin olvidar que vamos embalsados hacia la patria de Dios.
